

LA ACTUACIÓN DE MAURA

"Activamente, decididamente" totalmente"

Rosicler de un nuevo día

Aquella oligarquía mansa y tenebrosa, aquel marasmo diluido y concupiscente, las osadías y los ardides, las vilezas sórdidas y las premiosas deserciones; todo ese conjunto vitando en que han culminado las jornadas parlamentarias que huyeron, han tenido término y desenlace con una crisis ruidosa, compleja, trascendente...

Ya sabes, amigo lector, el proceso laborioso de este suceso, los matices de este momento, la génesis de los antecedentes y el resultado de las secuelas que trajo... Se ha derrumbado, con estrépito, el tinglado enclenque sobre el cual unos farsantes hacían cabriolas grotescas despedazando, de paso, a su patria y dejando en descubierto a su Rey... Han caído los histriones envueltos en el fango que sus propias miserias han ido sedimentando. Han caído como vivieron: sin honor, sin arrogancia, llenos de miedo y acuciados por el impudor...

El Gobierno Dato, que nació entre las sombras de una traición y al calor de una deslealtad, que vivió de precario, sin derecho a la vida, sin dominio de la vida, en una holganza criminal y en una francachela desatentada, ha fenecido por inanición, ahogado en su pobreza y devorado por un ambiente que desde el primer instante le fué hostil: el ambiente nacional.

Sin mayorías parlamentarias, en abierta lucha con las minorías, mintiéndole al Rey y presentándole cotidianamente la ficción de una confianza parlamentaria que jamás tuvo, el Sr. Dato ha tenido unos instantes postreros que son broche merecido a la inopia y a la esclavitud y a la servidumbre que le acompañaron en su vida ministerial. «*Sicut vita mortis ita*», reza el adagio latino... ¿No véis en este caso confirmado, que según la vida fué, así es la muerte?...

Pero bien, lector... La pluma nuestra no se siente hoy atraída hacia el designio de diseccionar, comentándola, la crisis última. Ni en relación con los caídos—scamos píos para estos desgraciados a quienes Dios y la Historia han de residenciar,—ni por lo que hace a los exaltados. Aquellos dejan en el Poder la huella siniestra de su zarpa feroz. Estos acaban de llegar, y no es lícito prejuzgar su obra, aunque la memoria esté tan presta como está para ofrecernos rico arsenal de elementos enjuiciadores...

Y así, rehuyendo el tema que con ser fecundo en aspectos lo es mayormente en invitaciones al pesimismo, desentendidos de este episodio reciente de la trágica farsa, vamos a poner una glosa al margen de unas palabras del único

hombre que en todo momento atrae la atención y monopoliza los apasionados comentarios de la gente que presencia el bochornoso espectáculo de una política orgiástica... Aludimos a ciertas declaraciones que acaba de hacer D. Antonio Maura respecto a su actuación política.

Sería decir una zonzada afirmar que Maura ha intervenido, durante éstos dos últimos años, en la vida pública con aquella actividad, con aquella decisión, con aquella integridad con que antaño lo hiciera, al frente de su partido, del partido conservador. Sería además mentir con cinismo...

Maura—es notorio—ha tenido una preocupación que obsesionaba su inteligencia y ponía trabas a su acción e infundía desmayos a su alma. ¡A su alma de apóstol, de luchador, de adalid! ¡A su alma curtida en una pelea épica, en una epopeya incesante! ¡A su alma, inaccesible a las tibiezas, invulnerable ante la catapulta del miedo!... Imaginad qué formidable peso el de una tal preocupación, qué enorme e irresistible fuerza la de una obsesión tan implacable.

—No era para menos—ciertamente... Se trataba de contraer una responsabilidad trascendente. Enconar la división que los traidores habían infundido en el partido conservador, en octubre de 1913, hasta el punto de inutilizar un instrumento de gobierno, base del régimen, era empeño de halagüeños resultados personales y de felices auspicios para quien en la labor llevaba las de vencer. Pero era también una tremenda culpa, quizá una vileza criminal, que hubiera echado sobre el vencedor la carga abrumadora de una responsabilidad gigantesca, ante la Patria y ante la Monarquía.

Maura, patriota y monárquico a ultranza, ¿podría tomar a su cargo la empresa nefanda?... Y Maura, en holocausto de su Patria y de su Rey, ha consumado en estos años últimos el sacrificio y la abnegación y el heroísmo, en grado tan alto y con tan subido fervor que no le habrían aventajado aquellos próceres y magnates de la España inmortal, cumbres que refulgen en la historia de lo generoso, de lo magnánimo, de lo heroico...

Maura calló... El, el genio de la elocuencia, el ardiente verbo de fuego de la Roma que trema con Cicerón, el ático verbo de la Grecia que canta con Demóstenes, todas las galanuras y todos los donaires y las fulgencias y los matices y las ondulaciones y arte supremo del bien decir, todo eso sufrió un eclipse triste, sombrío, angustioso, cuando

Maura callaba, deshecha su alma por la hoguera del sacrificio, en crepitante ignición su conciencia pura, su conciencia noble, su conciencia recta.

Maura asistía poco a las Cortes... He aquí otra fase del sacrificio inmenso. Maura es el más fervoroso parlamentario. Legislador. Maura viste la toga con singular orgullo. La obra política de Maura ha sido gestada en este ambiente nacional que hoy ha devenido prostituto y falseado. Maura ha vivido siempre ante la faz nacional, en pleno parlamento, diáfano, radiante, gallardo... Y, sin embargo, ahora Maura permanecía alejado del Congreso. Y es que el Congreso no realiza una labor política ciudadana, democrática. El Congreso era una feria de concupiscencias, un saldo de pudores, una subasta de negocios inconfesables; cuando menos, el Congreso era un tablado en el que los faranduleros ponían en exhibición sus malas artes, sus tretas y sus afectismos.

Maura tenía que contener los impetus de una avalancha de mocedad y de bizarría y de honradez que muchas veces iba más allá de donde era prudente llegar... ¿No comprendéis el gran sacrificio que esto representaba para Maura?... Porque Maura veía en esa irrupción de gentes aguerridas, en ese torrente de sangre generosa puesta en ebullición, en ese movimiento épico de la raza que resurge, la salvación suprema, la salvación ansiada. ¡Ah! pero era a mucha costa ese resultado feliz. Era a costa de aniquilar instituciones sacrosantas, altísimas, sin cuya efectividad sería transitorio el éxito. Y aniquilarlas era, aplicar con fruición voluptuosa pero ilícita la tea de la discordia a los sostenes ya carcomidos de tales instituciones...

En suma, Maura no podía ponerse al frente de batalla de la arrolladora masa de opinión que le sigue y sólo en él espera, porque Maura sentía sobre sí todo el peso de una responsabilidad gravísima, toda la mole de una culpa de lesa patria, toda la gravitación de un pecado que jamás puede hallar albergue en el espíritu sereno, integérrimo, austero de este «santo civil»... ¿Columbrais todo el heroísmo que supone esa privación torturante de dar rienda suelta a los raudales de apostolicidad, de caudillaje, de inspiración directriz, en un hombre que con sólo levantar su voz por pueblos y capitales, por aldeas y villas, por campos y ciudades, ésta voz que es sugestionadora y es atrayente y es apocalíptica, habría convulsionado al país en una revolución espiritual sin precedentes?...

Y Maura alcanzó las cimas de lo heroico y en el libro de oro en que se escriben las hazañas legendarias de los hombres que han pasado por la vida irradiando luz, hay unas páginas profundas, refulgentes, en que se detallan los sacrificios de éste patricio egregio. Al frente de esas páginas que centellean hay un lema conciso, mezcla de vocablos y guarismos, cuyo conjunto es és-

te: «Maura: 1909-1915»...

Porque la vida de Maura, en ésta ciencia que España ha visto transcurrir, con lágrimas de sangre y con horrores de tragedia, ha sido un torrente de amarguras, de esas amarguras que van minando los corazones sin dar señales aparentes de la catástrofe. Derrame interno que es irremediable y es mortal cuando baña las almas febles, pero que es fecundizador cuando riega los campos ubérrimos de las almas grandes para quienes el sacrificio es el alimento espiritual...

Lector: Sabe, que Maura va a ponerse al frente de su grey. Sabe, que Maura va a intervenir de nuevo en la vida pública—él acaba de decirlo—«activamente, decididamente, totalmente». Sabe, que ya han pasado—en opinión del caudillo—las circunstancias críticas que le tenían algo alejado, prudentemente lontano del fragor de la contienda ciudadana. Ajeno a ella, no; indiferente, ante ella, nunca ni un momento, pero pasivo, expectante, ansioso porque se apartara el obstáculo protervo que se oponía a sus anhelos bélicos...

Ya no está en el Poder el partido conservador—dice Maura—... Ved aquí un destello de la magnitud de éste espíritu impoluto, de éste corazón íntegro. A una taifa de traidores, a una catterva de desleales, le llama Maura, bondadoso, «partido conservador». Si así le llama él, que es generoso, que es caritativo, que es puro, bienllamado está... Sigamos.

Y como no está el partido conservador en el Poder, como en la oposición desaparecen las responsabilidades que traía aparejado el designio de dividir un instrumento de gobierno, Maura va a recoger la bandera gloriosa de ese partido y tremolándola gentil, va a predicar la buena nueva al frente de los cruzados del ideal, poniendo en ésta gesta de la de España que quiere ser grande la unción de su prestigio, de su honradez, de su rectitud, de su talento, de su alma. La unción de Maura, en suma...

Sábelo, lector español, hombre de honor que estabas angustiado ante el para tí inesplicable silencio de Maura. Sábelo, patriota cordial que parecías estufacta ante la inercia de Maura. Sábelo, buen ciudadano que quizá dejaste alguna vez en asueto tu inteligencia para que mientras tanto tu lengua desvariase diciendo que el maurismo era un «maurismo sin Maura»...

Sábelo, amigo y hermano..., Maura vuelve a actuar en la política militante. Activamente, decididamente, totalmente.

Y luego que la noticia grata haya acariciado tu espíritu con el terciopelo de sus manos gráciles, dínos: ¿no es justo, no es equitativo, no es verdadero, afirmar que el rosicler bellísimo de un nuevo día está matizando con geniales tonalidades el horizonte político?...

LUIS DE GALINSOGA
Madrid, diciembre 12.